

Queridos amigos:

George Bernard Shaw, el gran escritor irlandés, tiene un personaje, la joven búlgara Raina Petkoff, que, para deslumbrar a un posible pretendiente, presume de su mansión familiar en Sofía en la que no falta una escalera que sirve para subir y para bajar ni una, permítanme que use la expresión inglesa, *roomful of books*, o sea lo que libérrimamente podríamos traducir como una habitación atestada de libros.

Obviamente la chica desconoce la palabra *biblioteca* y al crear ese imaginativo hallazgo semántico de *roomful of books* delata a su cortejador una preocupante carencia cultural.

Como Raina Petkoff, este que les habla solo descubrió que existía la palabra *biblioteca*, la habitación atestada de libros, cuando, ya cumplidos los diez años, su familia se trasladó del pueblo a la capital y lo matriculó en un colegio de curas para comenzar el bachillerato. Allí acertó a ver su primera biblioteca aunque debe reconocer que jamás pasó de la puerta dado que el acceso estaba restringido a alumnos distinguidos de los cursos superiores y él nunca fue distinguido ni acertó a tramitar los cursos superiores puesto que lo expulsaron al segundo año.

Como tantos otros españoles de mi generación nací en un hogar sin libros y en un país sin bibliotecas públicas. Bueno si debo ser sincero he de admitir que en casa

teníamos dos libros: el recetario de cocina de Picadillo y el Libro de Familia.

Mis padres, aunque personas poco instruidas, se esmeraron en dar estudios a sus hijos (nuevamente como tantos padres de aquella abnegada generación de la postguerra que aplazó su bienestar para trasladarlo a la generación siguiente). Ellos nunca habían pisado una librería pero eran conscientes de que un libro ayuda a triunfar, incluso antes de que el ministerio del ramo popularizara este eslogan. Por eso en la señalada ocasión del Día del Libro, cuando una vez al año los libros salían de las librerías y se exponían en las aceras, me entregaban cincuenta pesetas para que adquiriera un par de libros. Como ellos no entendían, la elección la dejaban a mi arbitrio.

A pesar de mis escasos conocimientos debo decir que no elegí mal: el primer año, con diez cumplidos, adquirí la *Odisea* de Editorial Juventud y *La justicia del Duque*, de Rafael Sabatini, en la Editorial Molino. Andando el tiempo he comprado a mis amigos los librereros de viejo toda la numerosa colección de Rafael Sabatini editada por Molino.

En aquellos mis primeros años de juventud no me atrevía a entrar en una librería, pero me aficioné a la lectura y fui haciéndome de una modesta biblioteca con libros de segunda mano que adquiría en rastros o en un puesto de alquiler y venta de novelas del mercado de abastos de Jaén. Ya pueden imaginarse que la elección de mis lecturas dependía mucho del azar. No obstante a veces

caían en mis manos obras tan interesantes como las *Prosas Profanas* de Rubén Darío editadas en México por Novaro o algunas novelas de Pío Baroja en la entrañable Colección Popular Literaria.

Todavía no habían llegado los tiempos en que la Editorial Planeta te vendía con la colección de sus premios la estantería donde colocarlos. En pocos hogares españoles existía una estantería para libros, pero mis padres encargaron al carpintero del pueblo una que mi madre colocó púdicamente detrás de una cortina de mi habitación. En ella fueron acomodándose mis primeros libros, más de segunda mano que de primera, de donde procede seguramente mi amor por los que hoy pregonamos.

Algunas veces me han preguntado cómo empecé a escribir. El libro que me estimuló a iniciarme en el arte fue un cuento de Edgar Allan Poe publicado por la benemérita Enciclopedia Pulga que encontré cubierto de polvo en el alfeizar de una ventana en una casa de campo arruinada. Aquella lectura me impactó tanto que enseguida me puse a imitar a Allan Poe con otro cuento truculento y desde entonces no he dejado de escribir aunque, como tengo muy repetido, mi verdadera vocación es la de lector.

Tampoco he dejado de hurgar en las estanterías de los libros de viejo. Los que atendéis a estas palabras conocéis la emoción que se siente al encontrar ese libro ya descatalogado de algún admirado autor que uno ni siquiera sabía que buscaba. A menudo pienso que cuando indagas en las librerías de viejo no eres tú el que busca entre los

libros sino los libros los que te buscan a ti. De ahí procede ese placer cierto que consiste en explorar los fondos de una librería de viejo que nunca has visitado. El amante de los libros peregrina a ellas con la emoción de internarse en territorios desconocidos que prometen (y a veces cumplen) encuentros memorables: la calle de los Donceles en México, imperio de los libreros López Casillas; la avenida Corrientes o la Plaza Italia en Buenos Aires; el Strand Bookstore de Nueva York, Charing Cross en Londres, Porta Portese en Roma...

Ninguna tan portentosa como la de Hay-on-Wye a la que hace ya casi medio siglo, cuando vivía en Inglaterra, organizaba cada pocos meses una incursión.

Hay-on-Wye es un antiguo pueblecito minero del país de Gales, en medio de los robledos y hayedos que crecieron hasta ocultar los feos escoriales mineros. Cuando cerraron las minas y el lugar se despobló, un librero de viejo tuvo la aventurada idea de adquirir el pueblo para instalar allí su negocio que hoy se ha convertido, con el concurso de otros libreros, en una especie de centro de peregrinación al que afluyen amantes del libro de todo el mundo.

Quizá sea la mayor librería de viejo del mundo: una librería que ocupa todo un pueblo. Hay un par de calles con esas casitas inglesas de jardín delantero y *bay windows*, las típicas ventanas en voladizo, que pregonan su especialidad en el rótulo de la puerta: literatura alemana, literatura japonesa, literatura india, etc. El antiguo cine, hoy ocupado por una sucesión estupenda de

estanterías, un auténtico laberinto, está dedicado a la historia; la iglesia, al arte; el ayuntamiento, a la filosofía y así sucesivamente. Solo el hotel sigue funcionando como hotel y el restaurante como restaurante.

En Hay-on-Wye he encontrado bastantes libros sugestivos para un español que se interesa por la historia, entre ellos una edición confidencial de la Escuela Superior del Ejército, compuesta de 200 ejemplares numerados, hecha a ciclostil y encuadernada en tres tomos decididamente rústicos de las memorias de Paul Schmidt, el intérprete alemán que redactó las actas del encuentro entre Franco y Hitler en Hendaya.

Cómo llegó este libro tan reservado hasta Hay-on-Wye es un misterio, pero es legítimo pensar que quizá los espías de la embajada inglesa en Madrid se hicieron con él y que los analistas del MI 6 no lo encontraron demasiado relevante después de todo y lo descartaron en un lote de papeles que terminó en algún contenedor. Como los caminos del Señor, los caminos de los libros son inescrutables.

Los libros que tuvieron poseedor y que nuevamente salen al mundo en busca de nuevo amo son, en cierto modo, huérfanos. Como buscador no me importa encontrar en ellos huellas de anteriores lectores, incluso lo aprecio y procuro no violentar su memoria dejándolas donde estaban. En un libro de Deleito y Peñuela encontré la fotografía de una señorita angelical pegada a una de las guardas. Algunas veces me he preguntado qué historia de amor encerraba ese hallazgo.

En otros he encontrado la flor seca y prensada borgiana ¿testigo quizá de amores eternos ya olvidados? En otros la ceniza involuntaria de un fumador absorto en la lectura. Incluso puede uno encontrarse un pelo del bigote de Hitler como le ocurrió al investigador Timothy W. Ryback, cuando consultó los restos parciales de la biblioteca del *Führer*, 16.000 volúmenes, muchos de los cuales han ido a parar a la Biblioteca del Congreso en Washington.

Una salvedad: que nadie piense que Hitler fue un abnegado lector. Cuando era un joven vagabundo impecune leía mucho pero sus lecturas eran asistemáticas y principalmente panfletarias. Cuando, ya dueño de Alemania, se hizo diseñar un pomposo exlibris, casi todos los volúmenes que aflúan a su biblioteca eran regalos de editores e instituciones y bastantes de ellos permanecían vírgenes e intonsos.

Para mí una librería es, ante todo, la librería de viejo. Dado que han desaparecido o están en vías de extinción las librerías de fondo, en la librería convencional uno encuentra las últimas novedades, lo que quiere decir que casi toda ella será morralla literaria y flor de un día, que dentro de unos meses habrá pasado directamente a la basura y al olvido. Por el contrario, en la librería de viejo que no sea un mero almacén de papel uno encuentra los libros previamente decantados por el librero que ya ha desechado los desechables y se ha quedado con los que pueden interesar a la variedad de lectores que son sus clientes, quizá tan solo una minoría, pero una minoría

entendida o, por mejor decir, un club de minorías porque a unos nos interesa la literatura pretérita, a otros las primeras ediciones, a otros la tauromaquia, a otros el cine, a otros la poesía social y a otros, en fin, la historia de la revista musical y el género bufo o los cromos.

Los frequentadores de las librerías de viejo somos la gran familia que indaga en el pasado. Somos los que mientras nuestras parejas se empeñan en ir a los almacenes Lafayette en París optamos por recorrer los puestos buquinistas de las riberas del Sena. Somos los que en un viaje de exploración político-social por Cuba madrugamos para curiosear en los puestos de libros de la Plaza de Armas de La Habana.

Esto me trae a la memoria un recuerdo personal. Andaba yo en la Plaza de Armas habanera muy temprano, intentando encontrar algo interesante que no fueran panfletos laudatorios de la revolución castrista cuando se me acercó un viejo librero de los que todavía usan guardapolvo y sin haberme escuchado una palabra que delatara mi origen me preguntó:

-¿Es usted español?

-Sí, señor –le dije.

-Pues sepa que los libros que usted está buscando ya se los ha llevado Abelardo Linares.

Bueno. Abelardo Linares es una institución no solo en Sevilla, del mismo modo que lo son Luis Andújar, el de la librería El Desván, con el que tanto he aprendido y al que me une una antigua amistad, o la librería Rumaiquiya, o la

Baena de la calle Feria con cuyo propietario departí muchas tardes como después con su hija y heredera y renovadora del negocio.

No hay mejor termómetro social que una librería de viejo. Antiguamente eran muy apetecibles las enciclopedias, especialmente desde que en los años sesenta los españoles fuimos disponiendo de hogares más cómodos y mejor alhajados en los que introdujimos la gran novedad de aquel mueble polivalente de salón que tenía un espacio para el televisor, otro para media docena de botellas con pretensiones de mueble-bar, otro para unas figuritas de Lladró y la fotografía enmarcada de la nieta vestida de faralaes y otro, un par de baldas devastadoramente vacías, que era forzoso llenar con libros de cierta prestancia, para dar al hogar el necesario tono cultural. Para este espacio se escogía normalmente una enciclopedia, principalmente por la suntuosa y uniformada encuadernación, pero también se editaban libros ilegibles por su letra microscópica y papel de tercera pero adecuadamente encuadernados con tejuelos de lujo.

Hoy las enciclopedias han desaparecido devoradas por Wikipedia e internet y el librero sabe que han perdido buena parte de su valor. Yo estudié filología inglesa y mi primer sueldo como catedrático de la materia lo dediqué a adquirir la prestigiosísima Enciclopedia Británica.

Para el que podía leerla en su idioma original la Británica era el no va más, el libro que toda persona culta se llevaría a una isla desierta en las encuestas. Hoy la Británica ha dejado de editarse en papel y las ediciones



tradicionales se encuentran a precios de saldo. Iba a decir tirados, y no exagero: a veces tirados literalmente.

Lo cuento. En 2011 encontré un ejemplar de la Británica, es decir los treinta y siete volúmenes que la forman, apilados junto a un contenedor de papel en la esquina de las calles Mallorca y Urgell de Barcelona, en pleno centro de la ciudad. En descargo de la persona que la había abandonado, me imagino que el heredero iletrado de ese tesoro, debo señalar que al menos no los había arrojado al contenedor directamente sino que los había dejado junto a la acera con para que alguien los aprovechara. ¿Qué hice? Detuve el primer taxi que acertó a pasar y me llevé la Británica a casa. Como ya la tenía, doné la mía a la biblioteca de mi pueblo.

Si hurgar en los fondos de una librería de viejo es el placer del bibliófilo, su paraíso es la Feria del Libro Viejo y de Ocasión que hoy inauguramos. Los que amamos el libro solemos reservar ese primer día para hacer una primera incursión más urgente, como de explorador codicioso, conocedores de que los mejores tesoros desaparecerán en los primeros días. Después regresamos a la feria, ya más calmados para una exploración más detallada.

A menudo, los libreros lo saben, uno puede encontrar un filón especializado de los libros que le interesan. Esos filones proceden de bibliotecas que por fallecimiento del dueño salen al mercado de viejo como huérfanas desvalidas en busca de cobijo.

Hoy las mujeres han accedido a la educación y empieza a haber bibliófilas tan amantes de los libros o más que los hombres, pero antiguamente, cuando la educación estaba vedada a la mayoría de las mujeres, se daba mucho el caso de semianalfabeta casada con hombre culto o simplemente aficionado a los libros que, en cuanto enviudaba, a veces con el cadáver del finado aún caliente, lo primero que hacía era desprenderse de la biblioteca del marido a la que odiaba por tres motivos: el primero porque el difunto, que no tenía mucho de qué hablar con la parienta o pensaba que ya se lo tenían todo dicho, se encerraba en su biblioteca a leer en lugar de sacar de paseo a su mujer, como hacían las amigas maridadas con hombres más convencionales. El segundo motivo: porque el dinero que el desatento esposo derrochaba en libros se lo escatimaba a ella, o así le parecía. El tercer motivo: ¿se han fijado ustedes en la cantidad de polvo que atraen los libros?

No quisiera prolongar más de la cuenta esta declaración de mi amor por las librerías de viejo. Sigo yendo a ellas no solo a buscar libros –a que los libros me busquen a mí-, sino a aprender. La librería de viejo enseña mucho: puede ser un archivo de restos naufragados de vidas y afanes, pero es también una constante lección de la voluble fama literaria, un cementerio de prestigios olvidados, un refugio de libros notables que en su momento pasaron inadvertidos, pero que algún día pueden regresar triunfantes cuando el mundo les haga justicia. Es, también, el escaparate del las vanidades marchitas, esos libros lujosísimamente encuadernados en piel solo para

lucir la cultura en una casa de pocas letras que al final, por las vueltas de la vida, se ven obligados a convivir con modestas ediciones de papel reciclado.

Es la librería de viejo, finalmente, el fedatario riguroso del canon literario que se va sucediendo con la fuga del tiempo. Autores y modas se pierden por el sumidero de los días y van a remansarse o a acumularse en tropel en estas estanterías desabridas de baldas de chapa unidas con tornillos mohosos o, por el contrario, en los hospitalarios estantes de marquetería de ébano de esas librerías no de viejo sino de antiguo a las que no les falta algún elegante sillón capitoné junto a la lámpara banquero con pantalla de opalina verde en el que el cliente pudiente y exquisito pueda contemplar a su sabor los pliegos de una edición registrada de aguafuertes goyescos o las láminas de Daumier que representan a su ilustre predecesor, el bibliófilo antiguo de levita y anteojos.

Ya termino. Mis queridos amigos los aficionados al libro añejo y los libreros de viejo, últimos y renovados representantes de un oficio antiguo que requiere vocación y sacrificio y que, por ese motivo, no es apto para todos. Os deseo suerte y buenas ventas y que repartáis mucha felicidad, ese es vuestro comercio, en esta nueva feria que con este pregón inauguramos. Que así sea.

Juan Eslava Galán

Sevilla, 16 de noviembre de 2017

